

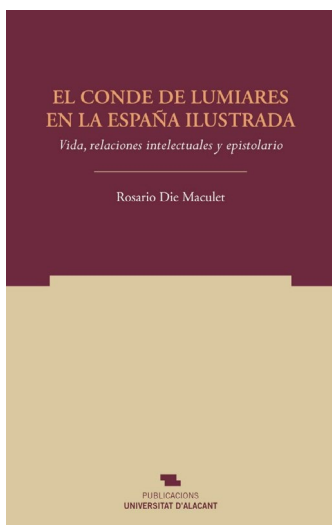
REVISTA DE HISTORIA MODERNA

ISSN: 1989-9823

N.º 40, 2022, pp. 386-389

<https://doi.org/10.14198/RHM2022.40.15>

Cita bibliográfica: BERNABÉ GIL, David, «Rosario Die Maculet, *El Conde de Lumiars en la España ilustrada. Vida, relaciones intelectuales y epistolario*, Alicante, Publicacions Universitat d'Alacant, 2022», *Revista de Historia Moderna*, n.º 40 (2022), pp. 386-389, <https://doi.org/10.14198/RHM2022.40.15>



Rosario Die Maculet, *El Conde de Lumiars en la España ilustrada. Vida, relaciones intelectuales y epistolario*, Alicante, Publicacions Universitat d'Alacant, 2022, 981 pp. ISBN: 978-84-9717-765-8

DAVID BERNABÉ GIL
Universidad de Alicante

En toda librería que se precie suele haber anaqueles poblados por un nutrido y variado elenco de volúmenes agrupados bajo la etiqueta de biografías. Aplicado a relatos que tratan de dar cuenta de la vida y obra de personajes célebres que vivieron en épocas pasadas –condición no siempre compartida por todos los biografiados–, este género historiográfico, cuyo cultivo cuenta con una larga y venerable tradición, admite un amplio abanico de posibilidades a la hora de acometer su estudio; incluso si éste aspira a ejecutarse con el rigor exigido. De ahí, y de la multitud de personalidades cuya experiencia vital, por un motivo u otro, se supone que puede concitar el interés de los lectores, que se trate de una sección generalmente bastante concurrida. En estas coordenadas, el libro que dedica Rosario Die Maculet a la figura de D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya se hace merecedor, sin duda, a un puesto destacado. Como también lo fue el que ocupó el personaje en cuestión –más conocido como Conde de Lumiars–, tanto en la sociedad alicantina del último tercio del siglo XVIII, como, gracias a



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

la amplitud de sus contactos, en determinados sectores de la España ilustrada, especialmente vinculados con los estudios arqueológicos, numismáticos y epigráficos que venían proliferando en aquel momento.

Con origen en un minucioso y prolongado trabajo de investigación, cuyos resultados presentó la autora como tesis doctoral –elaborada con el sosiego y serenidad de quién no necesita acreditarse con la titulación correspondiente para hacer carrera académica en el campo de la historia–, el libro, aunque se nutre de numerosas fuentes archivísticas, nacionales y extranjeras, aprovecha intensamente el succulento filón informativo que representa la copiosa –y actualmente dispersa– correspondencia epistolar que mantuvo Valcárcel con más de una veintena de intelectuales y aficionados a los estudios de la Antigüedad a lo largo de las cuatro décadas comprendidas entre 1768 y 1808. Frente a otros potenciales, y en este caso claramente secundarios –por su relativa escasez–, recursos documentales de carácter indirecto que a veces suelen aportar valiosos datos al investigador, el rico y variopinto contenido de las cartas enviadas y recibidas se convierten aquí en un material insustituible para recomponer el perfil intelectual, pero también la trayectoria científica, vital e incluso familiar, del Conde de Lumières; así como los rasgos de su densa y prestigiosa red relacional. Si fuera necesario ponderar las enormes posibilidades que brinda al investigador poder disponer de este tipo de documentos, de no siempre fácil localización, que actuaron en la época como eficaz instrumento de comunicación de conocimientos, bastará un simple recordatorio de los paradigmáticos estudios que, a partir de ellas, viene realizando Antonio Mestre –cuyo magisterio no es ajeno a esta obra– sobre una de las figuras cumbres de la ilustración española, como fue Gregorio Mayans.

Un personaje este, el erudito de Oliva, que, efectivamente, no podía faltar entre los corresponsales de Valcárcel, al igual que su hermano Juan Antonio, pues todos ellos coincidieron en uno de los períodos más interesantes del Antiguo Régimen, en lo que al avance del conocimiento se refiere. Elevada significación y talla intelectual tuvieron, así mismo, una buena parte de quienes cruzaron sus misivas con nuestro protagonista, como fueron los casos del padre Flórez, Pérez Bayer, Martínez Pingarrón o Cerdá Rico; sin olvidar al marino cartagenero Pedro Leyba y, sobre todo, a quien desempeñara un papel fundamental en su formación al inocularle la pasión por los temas que habrían de ocupar su actividad científica, el malagueño Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, con el que tuvo ocasión de compartir un prolongado arresto disciplinario en el castillo de Santa Bárbara.

En realidad, ese carácter discolo, independiente e inconformista, que le había llevado a sufrir un temprano confinamiento en la prisión alicantina, no

parece que llegara a abandonarle, al menos de forma definitiva, a lo largo de su vida; como atestiguan diversos trances que fueron jalonando su experiencia vital y son convenientemente explicados por Rosario Die, ofreciendo con ello un ajustado retrato del personaje y de sus difíciles y enrarecidas relaciones familiares; que, por otro lado, no parece que afectaran dolosamente a las de carácter conyugal. Menos tirantez mostraron, en cambio, las vinculaciones establecidas con la mayor parte de sus corresponsales, toda vez que entre los objetivos con que muchas de ellas se iniciaron no estaban ausentes los concernientes a la obtención de favores e influencias y de informaciones aprovechables para la buena marcha de sus estudios arqueológicos, epigráficos y numismáticos. Estos eran, sustancialmente, los campos del conocimiento que más interesaron a Valcárcel, y a los que dedicó buena parte de su actividad investigadora, aportando nuevos hallazgos y conocimientos e incluso renovadas perspectivas sobre el modo de valorar e interpretar algunos de los ya publicados o en trance de ver la luz por vez primera.

La descripción y relato del contenido de la correspondencia cruzada que nos ofrece la autora, siempre atenta al menor detalle susceptible de aportar elementos de valoración sobre el significado de las informaciones que en aquella se ofrece, permite profundizar, por otro lado, en el conocimiento de los métodos aplicados en la investigación de las disciplinas relacionadas con la arqueología y la antigüedad. Una metodología y unas técnicas aplicadas al hallazgo, catalogación y análisis de piezas de variada tipología –fundamentalmente monedas, medallas e inscripciones–, que, en aquellos momentos, estaban evolucionando hacia su consideración científica, tal como se desprende de muchas de las alusiones contenidas en las misivas. Y, en relación con esa creciente actividad que se va desplegando en el estudio de esas materias conforme avanza el periodo ilustrado, se nos permite asistir también al conocimiento directo de algunas de las vicisitudes que solían intervenir en la decisiva fase de publicación de los resultados obtenidos.

Pero, además de un apasionado estudioso de la antigüedad, el Conde de Lumiares fue también un noble de su tiempo; y como tal, su trayectoria vital y sus actitudes y pautas de comportamiento, cuyos rasgos más sobresalientes consigue trazar con fina pluma la doctora Die Maculet, revelan –hasta donde las variadas fuentes documentales exhumadas lo permiten– su plena asunción del universo mental y sistema de valores propios del estamento privilegiado al que siempre se enorgulleció de pertenecer. Le contemplamos, así, celebrando un matrimonio con la mujer que amaba –María Tomasa Pascual del Pobil, con la que procreó cinco hijos–, aunque quizás no tan proporcionado a su rango como sus padres habían deseado; cuidando un rico patrimonio rústico

cuya productividad llegó a mantenerle también bastante ocupado; pleiteando con éxito por derechos hereditarios que encumbraran más aún su posición; viajando e incluso residiendo –temporalmente– fuera de su ciudad natal, en Orihuela, Valencia y Madrid; y llevando un estilo de vida, en fin, acorde con su posición, que le permitía reconocerse como una de las personalidades más destacadas en el Alicante de cambio de siglo. Ya su padre había sido elegido en 1766 para ocupar el cargo recién estrenado de Síndico Personero del Común; y veinte años más tarde fue nombrado prior del también inaugurado por entonces Consulado de Comercio alicantino. Pero él no iba a ser menos; y cuando en 1808 hubo que designar a dos representantes del reino de Valencia para asistir a la Junta Central Suprema constituida en el entorno madrileño para hacer frente a Napoleón, a nuestro Conde de Lumières le cupo el honor de ser uno de los elegidos; aunque la enfermedad que por entonces padecía no le dio oportunidad de participar en esta novedosa e improvisada institución patriótica, y acabó provocándole la muerte el 14 de noviembre de ese año, en Aranjuez.

Culminaba así una vida inquieta, en cuya trayectoria se conjugaron su dedicación al estudio con su natural inclinación hacia unas formas de convivencia y de proceder nada convencionales. Y todavía le aguardaba, para acabar de componer su figura de cara a la posteridad, alguna que otra maledicencia póstuma de sus émulos –que no podían faltarle, dada su tendencia libertina–. No obstante, para poder calibrar mejor la personalidad cuyos rasgos más sobresalientes constituyen el objeto primordial del estudio realizado, así como las enriquecedoras incursiones a su entorno familiar y relacional que en él se ofrecen, el lector tiene la oportunidad de sumergirse y bucear directamente en los múltiples vericuetos de la correspondencia que mantuvo, ya que la segunda parte del volumen contiene la transcripción íntegra, con las anotaciones críticas y eruditas correspondientes, de la totalidad de las cartas remitidas y recibidas, que constituyen la materia prima fundamental con la que se ha conseguido componer esta valiosa biografía que interesará especialmente, no solamente a los modernistas, sino también a los estudiosos de la antigüedad.